

### 5. La disciplina del Señor se recibe con obediencia o sometimiento v. 9

El apóstol Pablo instruyó a los pastores respecto a la responsabilidad que tenemos de predicar todas las Escrituras, sin dejar de lado ningún tema. Él dijo: “*Y como nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas... porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor...*” (Hch. 20:20, 27-28).

El mismo apóstol se esforzó en proclamar todo el evangelio, tanto en aquellos aspectos que nos parecen positivos como aquellos que nos parecen negativos. Él no se inclinó a predicar sólo lo que es agradable al oído humano “*adulterando la Palabra de Dios*” (2 Cor. 4:2).

De manera que en obediencia a este santo mandato hemos predicado muchas consolaciones y también muchas exhortaciones. En esta oportunidad nos encontramos estudiando un tema que, aunque al principio parezca negativo y nada consolador, al final producirá frutos abundantes de gozo y tranquilidad, pues, aunque en este momento nos encontremos en el valle de la felicidad y la abundancia, un día la mano hiriente del dolor tocará a nuestra puerta. Y cuando estemos pasando por el valle de la aflicción todo lo que hemos aprendido sobre la disciplina del Señor se convertirá en una fuente de fortaleza para soportar con paciencia la adversidad y salir victoriosos de la misma.

En la sesión pasada dijimos que la efectividad de la disciplina del Señor sobre sus hijos está conectada de manera estrecha con la actitud con la cual se recibe. El autor de la carta nos ha dicho que las pruebas o adversidades no deben ser despreciadas ni deben causar desmayo; también nos dijo que la disciplina debe ser soportada y ahora en el verso 9 nos dirá que ésta debe ser recibida con obediencia o sometimiento, ya que el resultado que ella produce es vida.

Dios está interesado en darnos vida abundante, ésta la recibimos a través de Cristo quien es *el camino, la verdad y la vida* (Jn. 14:6); pero Dios continúa dándonos vida espiritual a través de nuestra santificación y las distintas aflicciones por las cuales nos hace pasar.

*“Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?” (Heb. 12:9).*

Arthur Pink, el comentarista bautista del siglo antepasado, dice que la palabra con que inicia este versículo debe humillarnos mucho, pues, el Espíritu Santo considera que, aunque ya se ha hablado mucho sobre la disciplina y la actitud que debe caracterizar al creyente cuando pasa por ella, somos tan lentos en aprender la lección que se requieren aún razones y explicaciones adicionales para que comprendamos bien el tema. “*Por otra parte*” o “*además*” (en otras versiones), indica que aún no hemos aprendido la lección, hay más explicaciones para nuestras débiles y rebeldes mentes.

En este pasaje se hace una analogía entre la disciplina de los padres terrenos y la disciplina del Padre celestial. La reacción de los hijos terrenos, y la reacción de los hijos espirituales.

Es un hecho universal que los padres disciplinan a sus hijos. Ya vimos muchos textos donde Dios exhorta a los padres a disciplinarlos. Hemos visto que el padre que ama a su hijo, lo disciplina. Una muestra de maldad y falta de amor en los padres es dejar que los hijos hagan lo quieran y no ser consistentes en una disciplina continua.

Esta analogía toma en cuenta a los padres que asumen su responsabilidad de instruir a sus hijos a través de la disciplina. Aunque hay padres descuidados e irresponsables que no aman a sus hijos, y por lo tanto no los disciplinan, el autor está pensando en padres que no han perdido aún ese sentido natural de formar hijos de bien.

También es un hecho universal que los hijos honran a sus padres, a pesar de que la disciplina sea dolorosa. Es más, se ha comprobado que cuando los padres son consistentes en aplicar la disciplina sobre sus hijos, cuando éstos crecen, viven muy agradecidos con sus amorosos progenitores, pues, el resultado de la disciplina en la infancia se deja ver cuando ya son adultos y deben abandonar el hogar. Un hijo que no fue disciplinado de manera consistente en su infancia, vivirá frustrado y resentido con sus descuidados, amantes de sí mismo y desalmados padres.

En el pueblo de Israel la mayoría de los hijos honraban y veneraban a sus padres, en especial, cuando eran disciplinados. La disciplina hacía que los hijos obedecieran. La Ley

del Señor era muy drástica con aquellos hijos que no obedecían a sus padres a pesar de la disciplina *“Si alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde, que no obedeciere a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y habiéndole castigado no le obedeciere; entonces lo tomarán su padre y su madre, y lo sacarán ante los ancianos de su ciudad, y a la puerta del lugar donde viva; y dirán a los ancianos de la ciudad: Este nuestro hijo es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz; es glotón y borracho. Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán y morirá; así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel oirá, y temerá”* (Deut. 21:18-21).

El resultado de honrar y obedecer a los padres era la vida, la desobediencia conducía a la muerte. Hijos nunca olviden este principio sagrado: si honran a sus padres y los obedecen, entonces vivirán, si hacen lo contrario y actúan conforme a lo que a ustedes les parece lo mejor, contrariando las instrucciones de sus padres, entonces morirán. No olviden el quinto mandamiento de la Ley del Señor: *“Honra a tu padre y a tu madre, como Jehová tu Dios te ha mandado, para que sean prolongados tus días, y para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da”* (Deut. 5:16).

De manera que ¿si en el plano terreno, lo natural es que los hijos honren y obedezcan a sus padres a causa de la disciplina a la que son sometidos (aunque en ocasiones esta disciplina fuera desproporcionada o errónea), cuánto más los creyentes deben honrar, someterse y obedecer a Dios que nos disciplina de una manera justa, sabia, recta y proporcionada? Este es el argumento del autor sagrado que estaremos estudiando en esta sesión.

Dios está haciendo en nosotros algo parecido a lo que los padres terrenales hacen con sus hijos. Ellos deben ser sometidos a diversas pruebas con el fin de que puedan crecer y madurar. Al principio los niños disfrutaban mucho de sus juguetes y juegos. Prácticamente para ellos no hay responsabilidad de nada, sólo comer, dormir y jugar. Pero llegará el “terrible” día en el cual deben ser sacados del cuarto de juguetes al jardín escolar. Para el niño esto es una tragedia: *“¿Por qué debo abandonar la comodidad de mis juegos para estar en un lugar con personas que no conozco, teniendo que cumplir tareas y otras cosas que no me agradan?”* Pero esta prueba, aunque es dolorosa para el niño, luego, cuando ha crecido, él no quería volver nuevamente a estar todo el día encerrado en el cuarto de juguetes; él ha

aprendido muchas cosas que no le permitirán regresar a su estado de infante. “Veamos lo que Dios está haciendo por medio de nuestras pruebas. Al principio quizá todo fuera un camino de rosas y disfrutábamos mucho de la vida espiritual; pero después llegaron los días de dificultad. Miramos atrás suspirando a aquellos primeros días, y deseamos que volvieran. Entonces gozábamos de vida espiritual, pero ahora no; todo resulta demasiado difícil. ¿Por qué no puede ser todo como antes?”<sup>1</sup>

Dios nos concede momentos de gran gozo, y en ocasiones nos da prosperidad, salud física y mucho bienestar en este mundo, pero Dios permite las dificultades para que crezcamos a través de ellas. Él nos quita los juguetes y nos expone a la prueba con el fin de que maduremos y crezcamos en santidad.

A través de la disciplina Dios nos prepara para vivir en la eternidad, donde todo será pura santidad. “¡ Qué corta es la vida para prepararnos para la eternidad! ¿No vamos a someternos a Él? ¿No vamos a confiar en su sabiduría? ¿No vamos a estar de acuerdo en que Él ve y anticipa las cosas mucho mejor que nosotros? ¿No vamos a cooperar con Él y vivir? ¡Por supuesto que sí! Por su gracia lo haremos.”<sup>2</sup>

En el plano terreno suele suceder que la disciplina paterna va mermando en la medida que los niños se convierten en adultos, pero no así en el plano espiritual. Muchos creyentes confían en su madurez y en el tiempo que llevan en la fe, volviéndose un poco descuidados, pero olvidan que los grandes personajes de las Sagradas Escrituras tuvieron sus más grandes reveces, no cuando iniciaron la vida cristiana, sino en la madurez. David cayó en el pecado de adulterio en la plenitud de sus días. Lot transgredió la Ley del Señor en su edad madura. Noé hizo el ridículo emborrachándose luego de haber caminado con Dios y haber visto su mano protectora guardándolo de morir en el diluvio. Moisés cometió su peor pecado, no al comienzo de la vida de fe, sino llegando al final. El corazón de Ezequías se volvió orgulloso, no cuando era un joven iniciando el reinado, sino cuando estaba próximo al ocaso de sus días. Así como hay ciertas enfermedades y problemas de salud que se

---

<sup>1</sup> Gooding, David. Según Hebreos. Página 293

<sup>2</sup> Gooding, David. Según Hebreos. Página 293.

tornan más agudos en la edad madura, de la misma manera, el creyente está propenso a pecados muy graves en su edad adulta.

Siempre vamos a ser niños necesitados de la disciplina del Señor, entre más años pasen, mas necesidad tenemos de ella.

*¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?* Es deber de los hijos someterse a la disciplina de sus padres, así ellos en ocasiones se equivoquen. Cuánto más debe el creyente someterse a la disciplina del Padre celestial el cual nunca se equivoca, el cual siempre nos mandará lo que obra para nuestro bien.

La expresión *mucho más*, es digna de notar, pues, en esta analogía hay una diferencia muy grande entre la disciplina que recibíamos de nuestros padres y la que procede del Señor, como grande es la distancia entre el cielo y la tierra.

Hay cuatro contrastes en este verso y en el que sigue: “En primer lugar, la anterior disciplina procedió de los que fueron nuestros padres según la carne y la nueva disciplina es dada por Aquel que es nuestro Padre celestial. En segundo lugar, la primera disciplina se administró a veces con un conocimiento imperfecto y un temperamento irritable, más la segunda proviene de la infalible sabiduría y el amor incansable. Tercero, la primera disciplina se dio durante un tiempo, mientras éramos niños, más la segunda, continúa a lo largo de toda nuestra vida cristiana. En cuarto lugar, la primera disciplina fue diseñada para nuestro bien temporal, y la segunda tiene en mente nuestro bienestar espiritual y eterno.”<sup>3</sup>

Siendo que la disciplina del Señor es mucho mejor que la que recibimos de nuestros padres terrenos, y nos hizo gran bien, entonces, ¿por qué no vamos a obedecer de una mejor manera, con una mejor actitud al Señor que nos disciplina? El mandato de *obedecer* es necesario porque estamos acostumbramos a ser desobedientes y rebeldes. Nacemos de nuestros padres con un espíritu de insubordinación y sólo el poder de Dios podrá transformar nuestro corazón díscolo e ingobernable.

Tan arraigada es la naturaleza rebelde del hombre que Job pudo decir: “*El hombre vano se hará entendido, cuando un pollino de asno montés nazca hombre*” (Job 11:12). “Incluso, en la conversión, esta naturaleza salvaje y rebelde no es erradicada. Una nueva naturaleza es

---

<sup>3</sup> [http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_090.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_090.htm) Extraído el 18 de Julio de 2012

recibida, y se inicia una lucha entre los nuevos y los antiguos deseos. Es por eso que la disciplina y el castigo son necesarios para nosotros.”<sup>4</sup>

“*Padre de los espíritus*”. Algunas personas han tratado de ir más allá del sentido que tiene esta frase en el contexto de la disciplina paterna, y han llegado a la conclusión de que el pasaje enseña que Dios está creando nuevos espíritus constantemente, uno para cada niño que nace en el mundo. Estas afirmaciones no son más que conjeturas extraídas de declaraciones sueltas no conectadas con el contexto. El significado obvio de esta frase es que así “como <nuestros padres según la carne> (BJ) son nuestros padres físicos (o terrenales), así el <Padre de nuestros espíritus> es nuestro Padre espiritual (o celestial).”<sup>5</sup> Aunque en última instancia Dios es el padre o creador tanto de la carne como del espíritu, no obstante, el Señor les concede a los hombres el ser llamados “padres” por sus hijos, pero él se preserva el derecho de ser llamado “Padre de los espíritus”, las almas proceden de él y él es quien la regenera para salvación.

Ahora, podemos preguntarnos, ¿qué significa someternos u obedecer al Padre de los espíritus? Jerry Bridges cita al puritano John Owen, quien dijo que someternos al Padre de nuestros espíritus indica:

“Un conocimiento en su soberano derecho para hacer lo que Él desee con nosotros por ser suyos; una renuncia a nuestra propia voluntad; un reconocimiento de su justicia y sabiduría en todos sus tratos con nosotros; un sentido de su cuidado y amor, con una debida comprensión de la finalidad de sus castigos; una diligente dedicación de nuestro ser con respecto a su mente y voluntad, hacia lo que Él nos llama de una manera especial en ese momento; por la fe perseverante un guardar de nuestras almas de la debilidad y el desaliento; una total sumisión nuestra a su voluntad, en cuanto a la causa, género, tiempo y prolongación de nuestras aflicciones.”<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> [http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_090.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_090.htm) Extraído el 18 de Julio de 2012

<sup>5</sup> Bruce, F. F. La Epístola a los Hebreos. Página 362

<sup>6</sup> Bridges, Jerry. La Disciplina de la Gracia. Páginas 240 y 241

Obedecer o estar en sujeción al Padre de los espíritus significa varias cosas:<sup>7</sup>

*Primero*, denota reconocer que Dios tiene el derecho soberano de hacer con nosotros lo que a él le plazca. El salmista lo entendió así y por eso pudo declarar: “*Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste*” (Sal. 39:9). Obedecer, significa callar delante de Dios aún bajo el peso de la más grande aflicción, no preguntando el porqué, sino confiando en que él nos dará lo que considera mejor para nosotros, así no lo entendamos. Podemos llorar, podemos elevar nuestra angustia ante Dios, pero lo que no debemos hacer es cuestionar la providencia adversa que el Señor nos envía.

Dios es nuestro pastor y como tal está comprometido a conducirnos a ricos manantiales de agua fresca y verdes pastos que nos harán vigorosos, pero es posible que el paso a ese paradisíaco lugar sea agreste, lleno de riscos y barrancos. No obstante, las ovejas confían en su pastor, por lo tanto, aunque no entendamos de momento porqué tenemos que atravesar el valle del dolor, confiamos que nuestro pastor es muy sabio y sabe para dónde va. Es posible que alguien, al ver lo agreste del camino, diga: mejor no sigo al pastor, es muy peligroso y doloroso el camino por dónde nos lleva, puedo encontrar un lugar de aguas y pastos sin tener que atravesar la montaña. *Pero es mejor estar con el Pastor, así sea en un lugar difícil, que estar sin Él en el más hermoso jardín.* Atravesando el Valle del dolor hay consuelo para nuestra alma porque el buen pastor va con nosotros.

Cuando somos disciplinados por el Señor y la aflicción nos viene como resultado de sufrir la pérdida de algo que considerábamos muy importante para nosotros, tendemos a cuestionar a Dios, a pedirle explicaciones del porqué nos quitó eso.

Aún no hemos aprendido que todas las cosas le pertenecen al Señor y él las da a quien quiere y nos las puede quitar cuando quiera, y a pesar de que nos las quite, debemos ser agradecidos con él por habernos concedido un tiempo de disfrute de eso que luego nos quitó.

El santo Job nos da un ejemplo digno de imitar al respecto. Él había perdido todas esas buenas dádivas que la Providencia le concedió por algún tiempo, pero él no se lamentó

---

<sup>7</sup> En estos puntos seguiré a Arthur Pink. An Exposition Of Hebrews “Divine Chastisement”.

[http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_090.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_090.htm) Extraído en Julio 19 de 2012.

amargamente y no reprochó al Señor por haberle quitado eso, sino que dijo en un acto de adoración: “*Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito*” (Job 1:21). Job

*“reconocía que el Señor tenía pleno derecho a retraer lo que antes había dado. Con frecuencia cometemos esta equivocación. De hecho, lo que le decimos a Dios es que no tiene derecho a quitarnos algo que nos había dado, sin darnos una explicación. Es difícil aceptar, por ejemplo, que se nos haya llevado al amado esposo o esposa o hijo. No entendemos porqué ha puesto fin a nuestra buena salud, cuando todo iba bien. ¿Por qué un cambio tan cruel? Pensamos: lo que él nos ha dado lo podemos conservar. Pero eso no se encuentra en ningún lugar de la Biblia. Dios no nos garantiza una prosperidad ilimitada. A nadie le da esa seguridad. Lo que sí que hace es dar otra clase de seguridad, a saber: cuando hace una promesa, ésta permanece. Pero no podemos reclamar lo que no se nos ha prometido. Ni siquiera después de haberlo recibido.”*<sup>8</sup>

Segundo, sujetarnos al Padre de los espíritus significa renunciar a nuestra propia voluntad, renunciar a nosotros mismos para que Dios sea el todo en nosotros. Un ejemplo de ello es el sacerdote Aarón, quien tuvo que enfrentar, y sin anestesia, la repentina muerte de sus dos hijos, los cuales fueron exterminados por Dios mismo al ellos atreverse ofrecer fuego extraño delante de su gloria. Aarón no tuvo tiempo de procesar esa aflicción, no fue prevenido, ni recibió una serie de estudios como estos que estamos dando sobre la disciplina del Señor, no, él recibió la disciplina repentinamente. De inmediato Moisés le dice: “*Esto es lo que habló Jehová diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado*” (Lev. 10:3). Bueno, aquí aparentemente, no hay una respuesta consoladora, pero la Biblia nos dice que Aarón respondió como debe hacerlo todo aquel que ha renunciado a sí mismo por causa del evangelio “*Y Aarón calló*” (v. 3). Él mantuvo su paz creyendo en su corazón que Dios siempre busca lo mejor: “*Esto traerá reposo a mi corazón, saber que lo que mi Dios designa es lo mejor*”.

Tercero, sujetarnos al Padre de los espíritus significa reconocer la justicia y la sabiduría de Dios en su trato con nosotros. Debemos reivindicar a Dios. Aprendamos del salmista quien,

---

<sup>8</sup> Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 26.

bajo las aflicciones de las providencias adversas, pudo exclamar con corazón sujeto *“Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste”* (Sal. 119:75). Siempre que nos venga la aflicción, hacemos bien en reconocer quién es el remitente: *“Jehová dio, y Jehová quitó”* (Job 1:21), pero, aunque la adversidad nos parezca muy dura y su dolor insufrible, debemos reconocer que él es muy misericordioso y no nos manda lo que merecemos: *“No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados”* (Sal. 103:10).

Hermanos, si Dios nos tratara de acuerdo a sus estrictas reglas de justicia, y nos diera lo que merecen nuestros pecados, hace tiempo que hubiésemos sido consumidos y ahora estuviéramos en el infierno: *“Jah, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse”* (Sal. 130:3).

Los impíos, cuando son visitados por las aflicciones o las tragedias proclaman la injusticia de Dios al permitir que sus días de alegría sean cortados, pero los creyentes proclaman y reivindican la justicia y la sabiduría de Dios. Un ejemplo de ello se encuentra en la oración del pueblo de Judá cuando Esdras leyó la Ley ante ellos: *“Ahora pues, Dios nuestro, Dios grande, fuerte, temible, que guardas el pacto y la misericordia, no sea tenido en poco delante de ti todo el sufrimiento que ha alcanzado a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros sacerdotes, a nuestros profetas, a nuestros padres y a todo tu pueblo, desde los días de los reyes de Asiria hasta este día. Pero tú eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros; porque rectamente has hecho, mas nosotros hemos hecho lo malo”* (Neh. 9:32-33).

Cuarto, sujetarnos al Padre de los espíritus requiere un actuar activo de la voluntad. Sujetarnos es algo más que una actitud pasiva. Hemos de andar en sus preceptos y en obediencia a sus mandamientos. Por un lado no debemos ser rebeldes, murmurando de los caminos que el Señor nos ha trazado, pero, por otro lado, debemos ser hijos obedientes. *“Estamos obligados a ser sumisos a la Palabra de Dios, de modo que nuestros pensamientos*

sean formados y nuestros caminos se rijan por ella. No se trata sólo de sufrir o soportar la voluntad de Dios, sino de un hacer Su voluntad.”<sup>9</sup>

El resultado de obedecer y sujetarnos al Padre de los espíritus es nuestro bien. Y el bien que Dios tiene en mente es la vida, la vida que procede de la santidad. Aquí no se trata de aquella santidad que es el don inicial que recibimos mediante la fe en Cristo, no se trata de la limpieza de la conciencia que es obrada por el sacrificio de Cristo en nosotros cuando somos justificados, sino de la “meta para la cual Dios está preparando a su pueblo – esa santificación total que será consumada en su manifestación con Cristo en gloria.”<sup>10</sup> Ahora, esta santificación no se obtiene de una manera rápida, ella es progresiva y dura toda la vida. El resultado de la disciplina, es decir, de las pruebas y aflicciones, es la vida. Ahora, no será para nuestro bien, sino para nuestro desastre espiritual el no someternos a la disciplina del Señor en obediencia.

---

<sup>9</sup> Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews.

[http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_090.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_090.htm) Extraído el 19 de Julio de 2012.

<sup>10</sup> Bruce, F.F. La Epístola a los Hebreos. Página 362